

**Eduardo Ripoll Perelló: *El abate Henri Breuil (1877-1961)*. Aula Abierta 79, Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid 1994, 375 págs., figs., XLVIII láms.**

Hacer una reseña de la biografía escrita por el prof. Ripoll acerca del gran prehistoriador H. Breuil me resulta una tarea familiar al tiempo que me sitúa en una posición extraña, no exenta de cierta simetría. La familiaridad reside en el hecho de que durante todo un curso tuve la fortuna de asistir como un alumno más a las clases de Arte Rupestre impartidas por el Dr. Ripoll en la Universidad Autónoma de Barcelona, dentro de la especialidad de Prehistoria. A lo largo del curso uno tenía la oportunidad de enterarse no sólo de las características de ésta o aquella cueva, los vaivenes de la cronología del arte cuaternario o las variopintas interpretaciones que acerca de éste fueron proponiendo los distintos investigadores interesados por tan fascinante aspecto de la cultura material del hombre fósil. En esa asignatura, el magisterio del profesor Ripoll nos daba a conocer también el lado humano de esa temática, haciendo uso de su trato personal con buena parte de los grandes estudiosos del arte prehistórico, nacionales y extranjeros. Así, a través de su discurso tomaba cuerpo ante nosotros toda una galería de personajes, la mayoría de ellos ya desaparecidos, con sus historias personales, sus amistades y enfrentamientos, configurando un rico palimpsesto de experiencias humanas en el que proyectar las más asépticas consideraciones científicas. Es en ese marco donde se singularizaba por su personalidad y labor científica la figura imponente de su maestro, el abate Breuil, a cuya obra el Dr. Ripoll se sentía vinculado, al margen de discrepar con él en bastantes aspectos.

Comienza la biografía con un texto inédito del propio Breuil, destinado originalmente a servir de prólogo para una monografía sobre arte paleolítico en la Península, escrita por E. Ripoll y que desafortunadamente no llegó a ver la luz. A través de ese texto, como salido del túnel del tiempo, asistimos de boca del abate a una crónica de sus múltiples viajes a España, con un especial énfasis en el primero, cuando en 1902, acompañado de un Cartailhac ya rendido ante la evidencia del arte parietal pleistocénico, se dirige a la cueva de Altamira con el fin de copiar las pinturas y grabados de ese excepcional yacimiento. Esta incursión será la primera de una larga serie que se prolonga hasta 1954 y que permitirá a Breuil tener una activísima participación en el estudio del arte prehistórico ibérico, tanto paleolítico como holoceno, plasmada en varias monografías y numerosos artículos. A estos hechos y a su actividad fuera de España e incluso de Europa se va a dedicar la densa biografía escrita por el Dr. Ripoll, apoyándose en todo momento en citas de los trabajos pertinentes y en una amplia documentación epistolar, parte de ella legada al autor por el propio Breuil, la cual dota al relato de la frescura propia de lo vivido. De este modo, a la hora de narrar la trayectoria vital del biografado, el escritor opta por una perspectiva internalista, trazando ese devenir a partir de los propios trabajos de Breuil o de aquéllos que con él se relacionaron en el plano científico o personal. En este punto discrepo de mi maestro, quizás, como él mismo critica en la página 29, imbuído de esa noción de lo colectivo que nos conduce a estudiar y valorar el bosque más que los árboles que lo componen. Creo, con todo, en la necesidad de entender al individuo, incluso a la personalidad genial, en el marco sociopolítico en que se desenvuelve y ciertamente la primera mitad del siglo XX es fértil en avatares de esa clase. Al mismo tiempo, dentro del marco estricto de la disciplina arqueológica, los inicios del trabajo científico de Breuil coinciden prácticamente con el

recambio del paradigma evolucionista unilinear por el particularismo cultural que, combinado con el difusionismo, predominará ampliamente en los estudios prehistóricos durante la mayor parte de este siglo.

La labor de Breuil apenas ha tenido relación con los problemas específicos de la arqueología del Noroeste, aunque de un hombre de su curiosidad y capacidad intelectual no podría menos que esperarse alguna referencia, por indirecta que fuese, y en efecto así ha sucedido. En el volumen primero de su monumental obra sobre la pintura esquemática en España alude a la existencia de losas pintadas en un megalito galaico (1933, 56), circunstancia que si por entonces apenas estaba documentada, hoy en día se repite en varios monumentos del Noroeste ibérico. A la información anterior hay que añadir la recensión que escribe sobre la primera obra de conjunto publicada acerca del grupo galaico de arte rupestre, el *Corpus* de Sobrino Buhigas (Breuil 1936). Ya por último, su estancia en Portugal tras la caída de Francia a inicios de la 2ª Guerra Mundial le conduce a efectuar una serie de trabajos sobre las industrias líticas costeras, uno de los cuales (Breuil y Zbyszewski 1942; Breuil et al. 1962) atañe al Bajo Miño y tendrá una duradera influencia en los estudios llevados a cabo sobre los conjuntos líticos del litoral sur de Galicia (Senín 1995, 56), pues aparte de introducir cierta sistematización en el análisis de esas estaciones, incorporará la noción de la inexistencia en el Noroeste de la secuencia industrial clásica durante el Paleolítico, algo que en la actualidad sabemos que es errado pero que se mantuvo vigente hasta hace apenas una veintena de años.

Ya para finalizar, quiero comentar dos cuestiones formales acerca de este texto: en primer lugar, el cariño que deja sentir el autor hacia el biografiado, junto con la fluidez de su redacción que hace de su lectura un auténtico placer, incluso para el no especialista. El segundo aspecto a resaltar es la generosa ilustración que acompaña al discurso, incluyendo numerosas fotografías de época y muchas reproducciones de paneles grabados o pintados que Breuil realizó o estudió a lo largo de su dilatada carrera.

#### Bibliografía

- BREUIL, H., 1933. *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique*, t. 1. Lagny-sur-Marne.
- BREUIL, H., 1936. R. Sobrino Buhigas: *Corpus Petroglyphorum Gallaeciae*, Santiago de Compostela, 1935. Recensión en *L'Anthropologie*, 46, págs. 651-652.
- BREUIL, H. y ZBYSZEWSKI, G., 1942. Contribution à l'étude des industries paléolithiques du Portugal et de leurs rapports avec la Géologie du Quaternaire. *Comunicações dos Serviços Geológicos de Portugal*, I, 23, págs. 319-369.
- BREUIL, H., PAÇO, A. do, RIBEIRO, O., ROCHE, J., VAULTIER, J., FERREIRA, O. da, y ZBYSZEWSKI, G., 1962. Les industries paléolithiques des plages quaternaires du Minho (La station de Carreço). *Comunicações dos Serviços Geológicos de Portugal*, XLVI, págs. 53-131.
- SENÍN FERNÁNDEZ, I. J., 1995. *A investigación do Paleolítico en Galicia. Revisión bibliográfica*, Sada.

Ramón Fábregas Valcarce  
Universidade de Vigo

### Juan Bta. Vilar: *Intolerancia y libertad en la España Contemporánea. Los orígenes del protestantismo español actual. Prólogo de Raymond Carr. Ed. Istmo. Madrid. 1994; pp. 452*

Una obra de esta laya preanuncia su valía bajo tres apartados como mínimo: 1) bajo la ardua marcha de las libertades (de la libertad de cultos, en este caso); 2) bajo las resistencias habidas por gran parte del catolicismo hispano ante tales libertades; 3) y bajo la luz que arroja sobre los propios protagonistas protestantes, sus comunidades y memberships, sobre los orígenes de ellas, desarrollo, dificultades, etc. Huelga decir que J. Bta. Vilar, sin olvidar los dos primeros apartados, se expande sobre el tercero, con acertado criterio. Vale más sopesar la brega de los pies que extienden el evangelio (o "su" evangelio) que llorar la intemperancia de quienes se oponen a ello.

Por eso, del capítulo II al VII iremos descubriendo la aventura misionera, pero ya el capítulo I sirve de excelente síntesis acerca de la España que ha vivido sumida en la Unidad-Uniformidad desde siglos atrás (desde los siglos en que, por el contrario, el rey lo era de las "tres religiones") hasta llegar de puntillas, y con parones, al pluralismo contemporáneo. Tal capítulo I procura, por otro lado, una inestimable ayuda al lector no especializado (y es un punto pedagógico que apuntar al autor). Se nos sitúa así ante la actuación de metodistas y bautistas, ante las Asambleas de Hermanos, entre evangelistas centroeuropeos que llegan a España (primera mitad del siglo XIX), ante la llegada de los primeros cuáqueros y sus relaciones con el impresor barcelonés A. Bergnés, o con Luis Usoz, o ante la visión, *a posteriori*, de los cuáqueros entre el círculo de emigrados a Inglaterra (Blanco White, Gallardo), o ante la visión del *Eusebio*, de Montengón, que bien merece un estudio acerca de lo "extraliterario" de su obra, y de su éxito (proyección hacia un mundo de tolerancia—Filadelfia—visto desde un ámbito uniformista, hispano). Unas páginas breves a propósito de Cayetano Ripoll, y su fin trágico en la horca, muestran la España negra, y en concreto la Valencia negra que vino tras el Trienio.

El capítulo II se halla casi copado por la singular figura de George P. Borrow, teñida de fina ironía respecto al joven Borrow. A partir de 1833, cuando sienta la cabeza y toma contacto con la Sociedad Bíblica, van llegando sus diversos viajes a España. Cavila él cómo hará llegar el Nuevo Testamento al público. Recuerda, a este propósito Vilar que perdidas las traducciones renacentistas de Reina y de Valera, no quedaban otras opciones que las del P. Scío, o la de Torres Amat. La del primero en edición que algunos hemos conocido, leída todavía en refectorios conventuales, editada en tomos y tamaño tales que la hacían imposible de adquirir el gran público. La traducción del Evangelio de San Lucas al romaní (dado el trato de Borrow con la etnia gitana) destaca entre los afanes propagandísticos. Los avatares del vendedor de Biblias por Castilla, Andalucía, Tánger, ocuparán páginas de sus fantasiosas pinturas de la vida española en su célebre *The Bible in Spain*. Y junto a Barrow, la actuación de J. N. Graydon en el litoral levantino, Andalucía Oriental, y la misma Málaga. Por supuesto, Gibraltar se traduce en el apoyo logístico de toda operación de los agentes evangélicos de las Islas Británicas. De ahí había salido, posiblemente, a luz la *Apología de la Iglesia Protestante Metodista* (1829) de Dr. G. H. Rule. De la obra evangelizadora de éste trata también el capítulo II. Es curiosa la situación ambivalente del catolicismo en Gibraltar: por un lado, convive y contemporiza con el anglicanismo (al menos, no se enzarza con él, como en el resto de la Península),